

RESEÑAS

El olor de la Edad Media. Salud e higiene en la Europa medieval

JAVIER TRAITÉ Y CONSUELO SANZ DE BREMOND

Barcelona, Ático de los Libros, 2023. 1085 páginas.

ISBN: 978-84-18217-59-3. PVP: 39,90 €

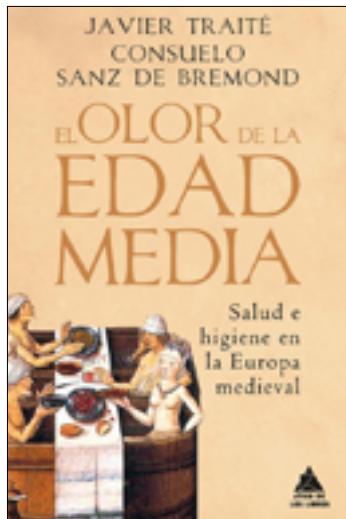
En esta época de inmediatez y velocidad, se antoja especialmente difícil acercarse a un libro de más de mil páginas. Sin embargo, *El olor de la Edad Media. Salud e higiene en la Europa medieval* es una obra excepcional que hará pasar a cualquier lector con un mínimo de sensibilidad cultural unos momentos extraordinarios. Estrictamente considerado, no es un libro de historia de la ciencia, pero la salud y la higiene tienen tanta relación con los conocimientos médicos y científicos que se puede incluir entre los textos de esta especie.

El libro está formado por un prólogo, una introducción y dos grandes apartados dedicados a “Lo colectivo”, con seis capítulos, y a “Lo privado”, que comprende once. Entre ambos

hay un breve “Intermedio”. La obra termina con unas conclusiones, agradecimientos, numerosas notas, una abundante bibliografía y un índice onomástico. Finalmente, se intercalan más de cincuenta fotografías que ilustran los contenidos.

Desde un primer momento, los autores —el historiador Javier Traité y la bióloga Consuelo Sanz de Bremond— nos sumergen en un mundo en el que desmontan los innumerables tópicos que, en relación con la higiene, están asociados a la Edad Media, lo que constituye la razón de ser de la obra. Y es que la literatura y el cine suelen presentarnos a unos personajes que pueden ser de cualquier condición intelectual, pero que son, casi siempre, unos guarros.

En *El olor de la Edad Media* se entremezclan los conocimientos históricos con los científicos, los socio-



lógicos o de otra índole, porque es un libro que indaga exhaustivamente en los numerosos aspectos de una sociedad que lavaba sus ropas, su cuerpo, sus dientes, que luchaba contra los parásitos visibles y que, en fin, no tenía un interés por la limpieza menor que el nuestro. Eran personas para las que “el baño era algo más que higiene: era solaz, bienestar, salud, socialización” (p. 793) y que no acudían a los baños mayoritariamente porque se lo recomendaran los médicos, sino para limpiarse y pasarlo bien, pues también eran lugares de recreo.

Todo esto a pesar de que los tópicos contra la higiene medieval tienen su fundamento en consideraciones que, aunque aceptadas, no se ajustan a la verdad. Así, la supuesta falta de higiene se atribuye a la desaparición de algunas impresionantes termas romanas, como las de Caracalla, cuando estas eran casi únicas; al hecho de considerar que, si no hay grandes edificios de baños, la gente no se lava; a pensar que las invasiones de los pueblos del norte fueron de gentes especialmente sucias; a creer que los baños romanos son la única forma de higiene comunitaria posible; a suponer la propiedad privada antigua de acuerdo con la forma de pensar actual; y a creer que no poder bañarse en un alojamiento público impide acceder al agua de los cursos naturales.

En la obra, el olor es una buena “disculpa” para explicar la higiene en la época medieval. Por ejemplo, los campos despedían un olor a estiércol, ya que hace “mil o mil quinientos años nuestros antepasados recogían todo el excremento y desperdicio que encontraban (incluido el suyo) y, tras un oportuno tratamiento, lo esparcían por los campos” (p. 108). Y esta es la base para adentrarse en el funcionamiento de las granjas en el Medievo, “un perfecto centro de reciclaje”.

El viaje por la higiene medieval en el que nos involucran los autores abarca toda Europa, sea esta nórdica, latina o centroeuropea. Se refleja la organización higiénica de ciudades como Cracovia, Gante, Londres, Barcelona, Gerona, etc., porque las ciudades europeas no escatimaron recursos en crear sistemas de limpieza para sacar todo tipo de restos malolientes de sus murallas. En este sentido, Traité y Sanz de Bremond señalan lo que eran unas normativas higiénicas ciudadanas extraordinariamente detalladas al respecto: en muchas ciudades “se indicaba por escrito o de viva voz dónde podía lavarse la ropa y dónde no” (p. 663). Se compara la higiene entre las personas de las diferentes religiones (judaísmo, islamismo, cristianismo, paganismo nórdico), entre religiosos y laicos, y entre pobres y ricos.

Pero el telón de fondo de la obra —y esto se resalta suficientemente— es demostrar la falsedad del lugar común que considera a la sociedad medieval sucia, algo que no concuerda, por ejemplo, con el hecho de que fue la que puso de moda lavarse con jabón (p. 552). Tópicos que chocan con la afirmación de que “la mentalidad medieval consideraba deseable que se diera a luz higiénicamente” (p. 751); o con la sinrazón de suponer que los adultos del Medievo no cuidaban su dentadura, “cuando la época en que un mayor porcentaje de la población tenía la dentadura negra y podrida no fue la Edad Media, sino el siglo XIX del éxito industrial” (p. 782); o con la falsedad de que las mujeres no se interesaban por la higiene menstrual. Y es que en la Baja Edad Media también “abundaron los manuales con trucos de limpieza” (p. 669).

Tampoco es aceptable que se plasme una sociedad que casi siempre se presenta como formada por personas que visten de oscuro y con ropa generalmente sucia, porque “la aspiración de la mayoría de los habitantes, tanto en la ciudad como en el campo, era tener siempre ropa limpia y que oliera bien” (p. 675).

Aparecen en la obra numerosos conceptos de la medicina de la época, sus textos, recetas, creencias, etc. Incluso surgen aspectos más científicos, como la aproximación que se hace al estudio de la microbiota intestinal. Se explica la gran importancia negativa que tuvo en la higiene lo que los autores denominan los “invasores invisibles”, esto es, los microorganismos y parásitos intestinales, algunos de los cuales eran conocidos por la medicina clásica, que además fueron relacionados con la enfermedad, aunque nunca se consideró que fueran su causa. Y a ellos asignan los autores la “responsabilidad” de los problemas de higiene de los siglos precedentes: “Este es el gran agujero negro de la sociedad antes del siglo XX: no tanto una negligencia en la higiene pública y privada como una higiene insuficiente al limitarse a lo visible” (p. 143).

Había una idea de pestilencia como responsable de la enfermedad, presente en la psicología medieval, que se imbricaba con la transgresión de la ley de Dios, y junto con el agua y los alimentos corruptos eran los elementos responsables de la mayor parte de las enfermedades. No obstante, las personas del Medievo sí lucharon y combatieron los parásitos visibles (piojos, pulgas y garrapatas) y, a pesar de todo, lo hicieron con el mismo éxito que las civilizaciones precedentes, ya que los datos de la arqueología indican que “ni los romanos lograron reducir el parasitismo humano, ni en el Medievo todos se vieron de repente comidos por los bichos” (p. 626).

No pocas veces forman parte de este libro asuntos médicos, sus profesionales y sus lugares de formación, así como los textos que manejaban. En la etapa altomedieval, principalmente, estos provenían de los clásicos médicos (Hipócrates, Galeno, etc.).

En una obra de esta amplitud no puede faltar la referencia a libros influyentes de la época, algunos enciclopédicos, como las Etimologías de san Isidoro, y otros relacionados con el campo: Geponika, una colección de veinte libros exactísimos sobre las labores que hay que realizar en una granja, y la Agricultura nabatea, de agronomía musulmana.

Evidentemente, son numerosos los textos relacionados con la medicina que ven la luz en El olor de la Edad Media. Algunos muy populares, como el difundido libro ginecológico conocido como Trotula o el Regimen sanitatis ad regem Aragonum, de Arnau (Arnaldo) de Vilanova, uno de los médicos más conocidos de la Baja Edad Media, por citar solamente dos obras. También se da cuenta de textos menos conocidos, como el del médico francés Bernard Gordon, que en el siglo XIV escribió un manual de pediatría titulado Tratado de los niños y regimiento del ama; o el compendio Sobre las enfermedades y los cuidados de las mujeres, atribuido a una mujer llamada Metrodora, y es que, aunque parezca raro, es una época en la que la obstetricia es un campo dominado por las mujeres; o las aportaciones relativas a la higiene dental que aparecen en el Menor daño de medicina, de Alonso de Chirinos, médico de Juan II de Castilla.

No faltan tampoco matizaciones importantes en relación con la influencia musulmana en los libros de esta especie. Así, se comenta el *Passionarius*, obra médica de Garioponto o Garimpotus, en la que “no hay ni una gota de medicina islámica” (p. 334).

Recuerdan los autores el frecuente enfajado de los bebés, que inmovilizaba sus brazos y piernas por la creencia de que así los miembros crecerían rectos, y la utilización de esponjas, no con una finalidad higiénica, sino médica: “se usaban como anticonceptivo desde la Antigüedad, introduciéndolas en la vagina, a menudo impregnadas con vinagre o zumo de limón; también en cirugía, no solo para limpiar la sangre, sino para administrar anestésicos. Esa práctica la iniciaron los cirujanos islámicos, impregnando esponjas con jugo de cannabis, adormidera y otras plantas” (p. 589).

Los autores resaltan con frecuencia las diferencias entre lo medieval y lo romano, o entre aquello y el mundo moderno. Destacan, por ejemplo, que los hospitales romanos estaban orientados “a la mejora de la productividad agraria y militar” (p. 354), algo muy distinto a los homónimos medievales relacionados con la fundación de la Orden de San Juan del Hospital de Jerusalén, dedicada a la creación de hospitalares.

En fin, se hace difícil extraer todo el jugo que tiene esta apreciable fruta, pero creo que bastarán estos apuntes para descubrir algo de lo mucho que hay en este espléndido libro que, a buen seguro, será una referencia obligada durante mucho tiempo sobre la sanidad e higiene en la Europa medieval.

Francisco Teixidó Gómez
teixidogomez@telefonica.net